

Miguel Angel Estrella

Benjamín Juárez Echenique

Hace pocos días que apareció la esperada noticia, Miguel Angel Estrella, encarcelado en Uruguay por supuestos delitos políticos cometidos en Argentina en diciembre de 1977 obtuvo su libertad. El abogado defensor, de nacionalidad francesa y patrocinado por un comité internacional que encabeza Yehudi Menuhin se manifestó complacido con el dictamen del tribunal militar y Estrella salió libre del Uruguay con destino a París.

Miguel Angel Estrella es un pianista argentino que con un gran talento e igual esfuerzo se abrió, primero, las puertas de los grandes centros de estudio de Europa y poco más tarde las de las principales salas de conciertos de todo el mundo.

Lo conocí cuando visitó nuestro país por última vez y grabó dos programas para Canal 11. Inmediatamente me impresionó su gran concentración, su dominio muy personal de los estilos musicales de distintas épocas y una técnica pianística que le permitió grabar sin necesidad de una sola repetición cerca de dos horas de música, algo que no cualquier artista puede lograr, sobre todo si consideramos la intención que le da a cada sonido y su gama de sonoridades, que inmediatamente recuerda a Arturo Benedetti Michelangeli. Pero cuando terminó la grabación, que él pidió fuera infor-

mal, en mangas de camisa; junto con Víctor Suárez fuimos a tomar un café, y me impresionó el hombre más aún de lo que me había impresionado el artista.

Nos habló de cómo algunos maestros europeos le habían dicho que si tocaba públicamente las obras de Bach con pedal y con todas las sonoridades que tiene el piano, la crítica lo iba a censurar sin clemencia y a calificar de amateur. Después, cuando tocó este repertorio a su manera ante tan temidos críticos, ellos no hicieron sino ensalzarlo. Le causaba esto un poco de risa: la verdad es que los críticos ni se daban cuenta, en muchos casos, de lo que hacía o dejaba de hacer. Lo que le importaba era la música como emoción y como filosofía y la comunicación con el público. Calificaba el ambiente musical europeo, sobre todo la educación musical, como algo un tanto mítico: si un artista latinoamericano había o no había estudiado en Europa tendría o no reconocimiento y trabajo en su país y cuántas

veces se daba el caso del artista que, educado en su lugar de origen, tenía más méritos que el otro. A una pregunta específica, él respondió que sin lugar a dudas un pianista podía ser formado íntegramente en Argentina, y que como ejemplo estaba un grupo de jóvenes entre los que se contaban alumnos suyos. Esto sin la menor presunción. No cabe la vanagloria en un artista con conciencia social, que tomaba su arte con plena seguridad de lo que hacía y para quien lo hacía, esto lo llevaba a tocar con regularidad en sindicatos y fábricas o bien en regiones rurales muy apartadas de los "centros culturales". No tardó en planearse un curso de Miguel Angel Estrella en donde los jóvenes pianistas mexicanos aprendieran de él tanto técnica como interpretación pianística y esperábamos también recibirían un ejemplo vital que difícilmente recibirían en otra parte.

El curso no se llevó a cabo por el sorpresivo encarcelamiento del artista, y un grupo de ar-

tistas mexicanos no tardó en ponerse en contacto con el comité internacional para apoyar el movimiento de liberación del pianista. Es una lástima que por más que aparecieron notas en los periódicos, no se llegó a nada importante: el medio musical mexicano, carente de compromisos sociales y demasiado ocupado en el "hueso", o en hacerle la corte a sus altos patrocinadores, no respondió al llamado, no hubo ningún pronunciamiento por parte de las autoridades, y según me comentaba Armando Záyas, quien encabezó el Comité Nacional, sólo Guadalupe Parrondo, los hermanos Suárez, la Camerata Punta del Este y algunos jóvenes conservatorianos mostraron un verdadero compromiso con el comité, participando en conciertos y firmando manifiestos: el resto del comité ¡no eran músicos!

Es mi deseo, y seguramente el de muchos otros músicos mexicanos, que ahora que Miguel Angel Estrella se encuentra libre, se le refrende la invitación para realizar el curso que fue cancelado, se le contrate para dar recitales y de ser posible se le convenza de establecer su residencia definitiva en nuestro país. Así México ganaría un gran maestro de quien se puede aprender más que piano, y un artista superior que como pocos vive un compromiso con la música y con la sociedad.